

200,-

May 7th

Zuloaga

354

III

M-3656

A.T.V
354

R-362



EXPOSICION IGNACIO ZULOAGA

- 1.—Julia.
- 2.—El palco.
- 3.—Casas de Canónigos de Segovia.
- 4.—Juan Belmonte (en negro).
- 5.—Montes de Alhama.
- 6.—Marquesa de Cassati.
- 7.—Toledo.
- 8.—Desnudo con peineta roja.
- 9.—Juan Belmonte (en oro).
- 10.—Avila.
- 11.—Duquesa de Alba.
- 12.—Mi prima Esperanza.
- 13.—Toreros en Turégano.
- 14.—Mi prima Esperanza (en mantilla blanca).
- 15.—Duque de Alba.
- 16.—Segovia.
- 17.—Angustias “La Gitana”.
- 18.—Desnudo la del clavel rojo.
- 19.—Calatayud.
- 20.—El Cardenal.
- 21.—Pancorbo.
- 22.—Lolita.
- 23.—Juan Belmonte (en plata).
- 24.—Casas de Canónigos.
- 25.—Antequera.

UN SALUDO DE ZULOAGA

FLORIDA EAST COAST

HOTEL COMPANY
(FLAGLER SYSTEM)

HOTEL PONCE DE LEON
ROBERT MURRAY MGR.
HOTEL ALCAZAR
WILLIAM MC AULIFFE MGR.
HOTEL ORMOND
GEORGE MURRAY MGR.
HOTEL ROYAL POINCIANA
H. E. REEDS MGR.
THE BREAKERS
LELAND MURRAY MGR.
HOTEL ROYAL PALM
JOE. P. GREAVES MGR.
HOTEL COLONIAL
HOTEL ROYAL VICTORIA
HOTEL MARINA
LONG KEY FISHING CAMP
CASA MARINA
L. P. SCHUTT MGR.

Hotel Royal Poinciana

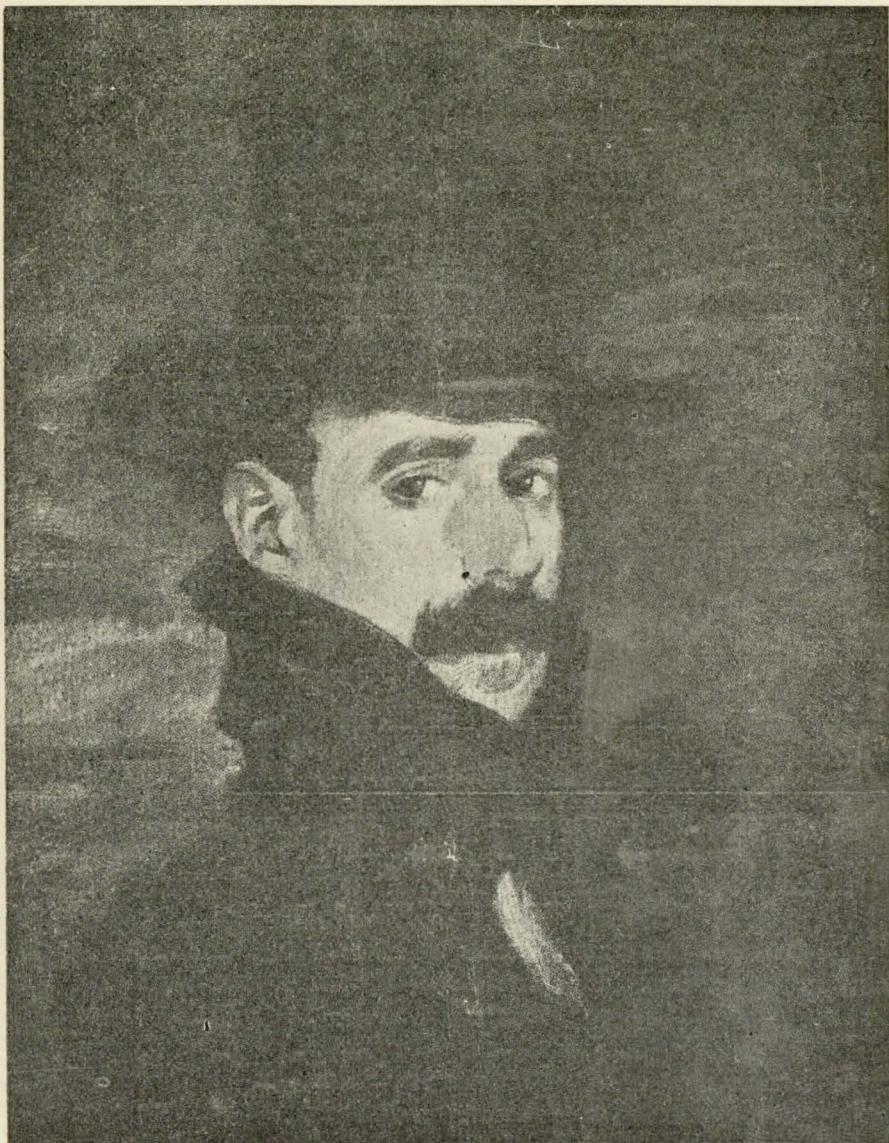
PALM BEACH, FLORIDA

Ya estoy en vísperas
de ir a La Habana,
es decir: en vísperas
de realizar uno de
los sueños de mi vida
gran alegría, y gran
emoción sentirme, al
verme en tierra tan
hermosa y tan her-
mana

Mi admiración a las
bellísimas Cubanas

Un fuerte abrazo
a todos

Ignacio Zuloaga



AUTORETRATO DE IGNACIO ZULOAGA

Exposición Ignacio Zuloaga en el Casino Español de la Habana
Marzo 24-30 de 1925.

Lima, 20 de Febrero de 1925.

SEÑOR TOMÁS SERVANDO GUTIÉRREZ,

Consulado de Cuba.—New York.

Apreciado amigo:

He recibido su carta, fecha 20 del mes próximo pasado, a la que me es grato dar respuesta.

Me complace sobremanera que ilustrados espíritus, como el de usted, se den cuenta cabal de la labor que mi Gobierno lleva a cabo en favor del progreso material y moral de nuestra patria.

El pintor español don Ignacio de Zuloaga, cuya visita me anuncia usted, encontrará en el Perú la más franca acogida, porque sentimos por tan gran artista especial simpatía y sabemos la alta significación que tiene su nombre en la pintura contemporánea.

Le envío mi retrato que usted solicita y le agradezco sus buenos deseos por mi bienestar personal.

Su afmo. y S. S.

A. B. LEGUÍA.

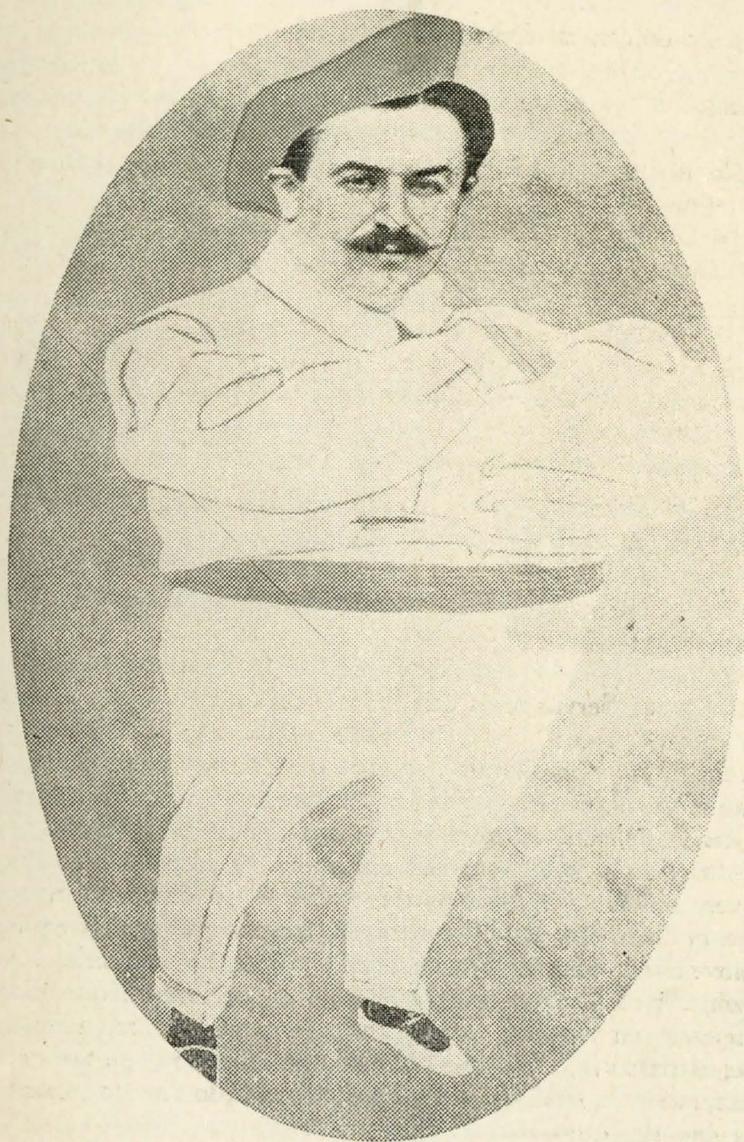
El doctor Tomás Servando Gutiérrez, periodista de talento, letrado de vasta cultura y caballero excelente, ha tenido una fineza que no sabré agradecer lo bastante. Hame interesado unas líneas sobre la personalidad de un hermano, porque es nativo de mi terruño. Quiere el señor Gutiérrez que diga lo que pienso y siento de Ignacio Zuloaga.

Es harto difícil la tarea. ¿Qué cosa podría decir yo del Mago del Pincel? A mi ver, Zuloaga es una bandera del arte pictórico. Sabe, con el colorido sobre el lienzo, hacer vibrar, en el mundo entero, a cuantos vivimos y nos movemos en la tierra. Es Zuloaga, el nacido en Eibar, un artista de corazón. Y no sé si acertaré. Creo que sí. Entiendo que es el mejor de los mejores pintores. Con esto, pues, dejo consignado, en pocas líneas y en menos palabras, mi sincero pensamiento sobre el hombre en todas partes homenajeado. Como vascongado, vivo honrado de ser compatriota y comprovinciano de Zuloaga.

EUSEBIO GÁRATE.

(Erdoza Menor).

En la Habana, a marzo 21 de 1925.



EUSEBIO GÁRATE (ERDOZA MENOR).

ZULOAGA

¡Con qué noble emoción de alegría escribo este nombre recio de vasco grande y de español ilustre! Los cuadros de Ignacio Zuloaga son algo definitivamente desconcertantes: dan la plena emoción del arte y de la soberbia maestría del artista. En nombre de Cuba entera yo le agradezco que se haya acordado de nosotros para honrarnos y a la vez darnos las mieles de las más puras, más bellas y soberanas sensaciones artísticas.

EDUARDO GONZÁLEZ MANET,

Secretario de I. Pública y Bellas Artes.

CÓMO ES ZULOAGA

(Para el "Diario de la Marina".)

Los que justamente admirán a este soberano pintor de Vasconia y se quedan absortos contemplando sus magistrales cuadros, ¡qué lejos están de suponer lo sencillo y lo bueno y lo noble que es el artistazo que así sabe dominar el color y darle tonalidades que parecen arrancadas de la luz vibrando sobre la carne!

Zuloaga, que no es un hombre regocijado ni divertido, es en cambio un hombre sano y fuerte que pinta con todo el brío de unos impetuosos y arrolladores veinte años.

En la intimidad acogedora al lado de su fraterno amigo Pablo Uranga, el artista vive sus horas de ansiedad y encanto y entonces reviven sus gratos recuerdos de París y de Madrid y la evocación de Don Plácido Zuloaga, el introductor de los trabajos adamascados en España y padre de este triunfador formidable que bien puede decir que lo heredado no se oculta. De los tiempos aquellos de Don Plácido, cuando se reunían en la famosa relojería de Alcalá número 10, en donde el cubano Pechmiel era el lazo de unión entre don Plácido y el caudillo Calixto García, que entonces estaba establecido en Madrid, proyectando la gran revolución de 1895, en la que más tarde su hijo Carlos se distinguiría en hechos de armas tan completos como el de la Breñosa y los combates de Santiago de Cuba. Y entonces fué cuando, queriendo el animoso amigo de Calixto García, el desterrado Pechmiel, también *very closed friend* de Antoni Escobar, regalarle un reloj al general cubano, ideó grabarle en un reloj de oro con el escudo de Cuba libra que don Plácido, espíritu y cerebro inteligente, grabó admirablemente.

Ahora en New York al estrecharse las leales manos don Ignacio con el

General García Vélez, toda una vida de inquietud y de labor; de privaciones y anhelo pasó entre las palabras que se dijeron los dos grandes hombres.

Zuloaga me decía noches pasadas con la intuición privilegiada de su cerebro fuerte: "Usted no sabe, mi buen amigo, lo que es el triunfo y cómo pesa éste sobre uno para dejar caer en los pensamientos la tristeza de que no es eso todo lo que se intentó y se quiso hacer."

Desde luego, la Naturaleza pródiga se renueva y se embellece cada nueva mañana cuando el gallo lanza su rítmico canto en el ambiente fresco y las rosas, los nardos y los claveles tienen un temblor de epítalamio perfumado. Zuloaga, que ha tenido que hacer como señaló el poeta:

"Seres faros que al lucir
tenéis por fuerza que arder,
cumplir con vuestro deber,
¡alumbrar hasta morir! . . .

tiene sobre sus recios hombros lo más difícil que hombre alguno logre alcanzar en la tierra: la suprema habilidad de pintar casi como lo hiciese Dios si tuviera el mal gusto de volver a esta atormentada y carísima tierra . . .

TOMÁS SERVANDO GUTIÉRREZ.

Miami, mañana del 16 de Marzo de 1925.

ZULOAGA

Mi queridísimo Tomás Servando Gutiérrez, vasco de alma y de corazón, admirador fervoroso de ese nuestro grande entre los grandes Ignacio Zuloaga, que tan en alto lleva el pabellón de nuestra Vasconia amada, me pide estas líneas como Presidente de honor de la *Asociación Vasco Navarra de Beneficencia* y Presidente efectivo del glorioso *Centro Vasco*, sobre el pintorazo todo sentimiento, arte y corazón que tan admirablemente sabe pintar la sobria y austera Castilla como la España grande y recia de *Los Toreros* y del *Cardenal* formidable.

Y como el noble y talentoso Tomás Servando me dice que el producto de este libro va por mitad para el Asilo de la Misericordia de Cuba y para la Cruz Roja de España, que tan solícitamente atiende a los heridos de África, yo entonces, digo con orgullo y alegría:

¡Viva Cuba y Viva España!

JOSÉ LEICEA.

¡Y GRACIAS!

Tomás Servando Gutiérrez
me ha pedido mi opinión
sobre Zuloaga, el Maestro,
o por decirlo mejor,
el mago de la Pintura
que a nuestras playas llegó.

El compañero ha creído
sin duda alguna, que soy
un Solís o un Jorge Máñach
que con autorización
pueden hablar sobre el arte
de Apeles, y es un error.

Yo podré decir—y gracias—
si un cuadro me gusta o no;
pero, ¿meterme en camisa
de once varas? ¡No, por Dios!
El Arte es algo muy serio
y aunque me pinchen, no doy
mi voto ni en pro ni en contra
sobre un lienzo, ¡no, señor!
¿Que me gusta? Lo contemplo
y lo admiro; pero no
me atrevo a decir que vale,
por si acaso, en alta voz.

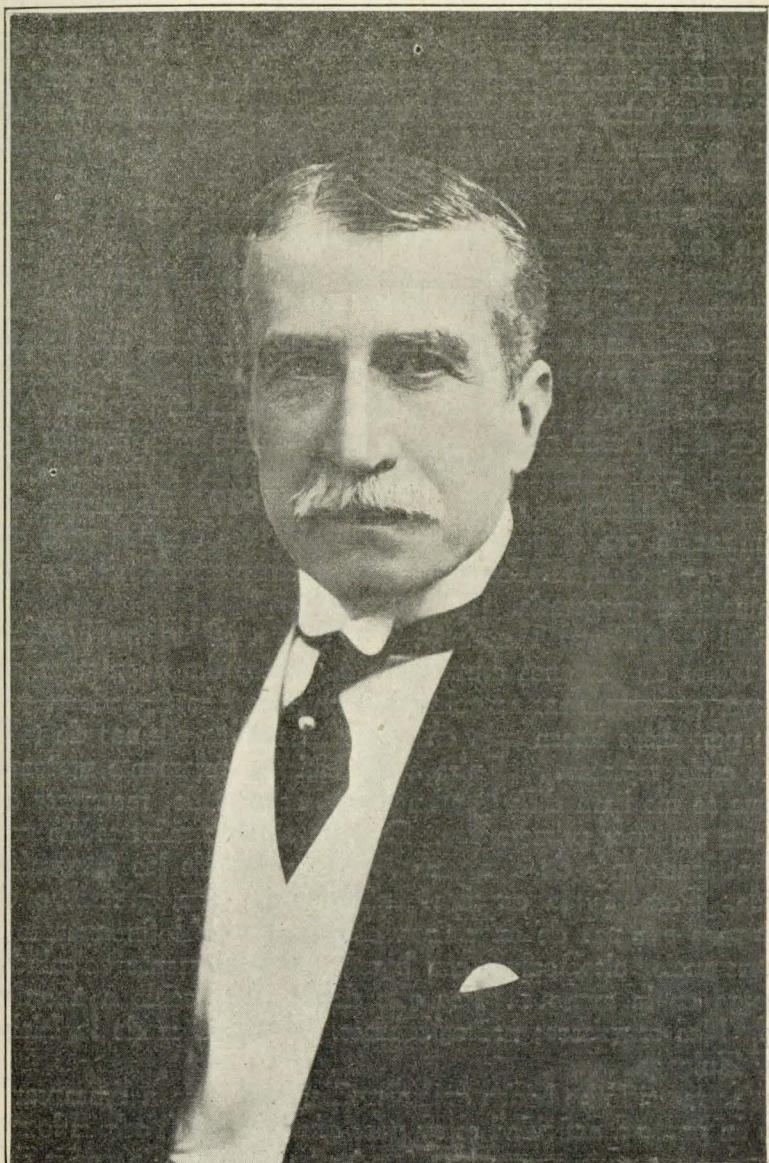
Ahora bien—y esto en secreto—
tengo la satisfacción
de poseer un gran cuadro
de tan eximio pintor...
que corté de una revista
donde copiado salió.

SERGIO ACEBAL.

¡VIVA ESPAÑA!

Apartado de todo contacto literario y hasta alejado de mi *Lucha gloriosa*, yo solo le digo a Tomás Servando qué sabe y comprende esto:
¡Qué bien lleva nuestra bandera la gloria de Ignacio Zuloaga!

ANTONIO SAN MIGUEL.



AUGUSTO B. LEGUÍA
Presidente Constitucional del Perú.

IMPRESIONES DE UNA VISITA A IGNACIO ZULOAGA

(Por L. Fernández Ros, Director de *La Noche*)

Llego a Palm Beach, en el New York Special, a las cuatro de la mañana, con más de media hora de retraso. También en los Estados Unidos cuecen de estas habas de que tanto nos quejamos los latinos. Las habas del desorden, en cuanto a puntualidad. De la estación al hotel, después de pagar el pontazgo, al atravesar de West Palm a la Playa. Es la primera traba que se pone al vulgo. En el país de la democracia se va acentuando la división de clases como antes existía la de razas.

El "Royal Pintiana" es un hotel de 1700 habitaciones. Algo gigantesco e inconcebible. Para ir del hall a nuestra estancia tardamos más tiempo del que empleamos en llegar a nuestra casa de Jesús del Monte. Acostados en muelle cama reposamos cuatro horas, recuperando fuerzas y calor, porque el frío que hace fuera es algo serio para un tropical. A las ocho estamos en pie. Desde nuestro cuarto telefoneamos para inquirir el número de Zuloaga, que reside en el mismo hotel. — Mr. Zuloaga, decimos... ¡Ah! Senior Zuloaga — replica el empleado 919. Al minuto estábamos en comunicación con el gran pintor español. Nos citamos para dentro de una hora, frente al mostrador del Hotel, y excusamos decir que fuimos de una puntualidad exagerada.

El hall de "Royal Pintiana", a esa hora ofrece un aspecto animadísimo. Miles de personas cruzan por él; huéspedes a entregar sus llaves y a recoger correspondencia; golfistas, tennistas. Los fumadores y compradores de periódicos hacen cola en las vidrieras; las oficinas de teléfonos y del cable están repletas... Entre aquel barullo, puramente norteamericano, pienso que se me hará difícil encontrar, y, sobre todo, reconocer a Zuloaga, a quien veré por primera vez. Durante algunos minutos me parece haberlo identificado más de cien veces... El rostro de las fotografías no se me olvida. Pero, ¿y la estatura? ¿Será bajo, alto, grueso, o delgado? Paso algunos minutos de angustiosa observación. Al fin aparece ante mí un hombre recio, alto, calvo, con bigote cuidadosamente acicalado y una boina negra en la mano... Por este detalle me decido a abordarlo. El me mira. Nos sonreímos; nos saludamos. — ¿El señor de la Habana? — El señor Zuloaga...

Dispénseme si le he hecho esperar. Creí que venía a descansar a Palm Beach y en punto a actividad estoy peor que en New York. No me dejan. Tengo cien compromisos para hoy... Arriba de mí están varios señores de Miami, que desean que vaya allí y lleve mis cuadros... Usted me perdonará; pero para atenderlo sería mejor que viniese a todas partes conmigo.

Zuloaga tiene un tipo vasco inconfundible. La piel rosada. La nariz larga y ojos pequeños y penetrantes, que se quedan fijos durante la conversación. Habla un español castizo rotundo, empleando el cuasi muy a menudo.

Le explico el motivo de mi viaje. Debemos fijar la fecha de su llegada a la Habana y solucionar pequeños particulares relacionados con el transporte de cuadros, lugar de la exposición, etc.

—Mi proyecto era salir el día 10 de Palm Beach a la Habana. Pero, además de que aquí no quieren que me vaya tan pronto, debo esperar al Embajador de España, señor Riaño, que llegará el día 9, para un acto público que se celebrará en ésta el día 10. No puedo abandonarlo. En estos momentos estoy al decidirme para ir a Miami invitado por la Sociedad de Bellas Artes de allí. Si voy, será sobre el miércoles, o jueves, y entonces haré esfuerzos para poder embarcar el sábado día 14... Pero no sé... ¡Y mire que tengo deseos de estar en Cuba! Dígalo usted en la Habana. Que antes de pensar en venir a los Estados Unidos mi sueño dorado era estar en la Habana. ¡Está tan unida la capital de Cuba a mis recuerdos! Además, aquello debe de ser muy español. Porque yo soy muy español. Esta sangre nuestra nos infiltra un no sé qué característico. Mire usted, tengo un hijo quasi extranjero; mi esposa es francesa. El nació en París; y, sin embargo, ni por el tipo, ni por el temperamento, denuncia el extranjerismo. Su tipo es vasco, alto como yo, juega a la pelota como un pelotari y torea bien. Tiene todas mis aficiones y mis gustos, que son bien españoles... Y me figuro que ustedes los cubanos, como todos los de Hispano América, deben ser muy españoles, porque la sangre es la misma y la sangre, amigo, es el río misterioso que da carácter a los pueblos...

Además, allá, en Zumaya, donde tengo mi residencia, oigo hablar constantemente de Cuba. A los pelotaris; a los sacerdotes. Este año, durante el verano, han acudido a visitar mi residencia y mi museo unos cien cubanos. ¡Y qué mujeres! ¿Existe todavía el tipo del guajiro? Quiero verlo como quiero oír canciones de Cuba. ¡Nunca olvidaré un mulato cubano que nos cantaba en París unas canciones tan sentimentales, tan dulces!...

Se acerca la hora de la primera cita. Bajo la pasarela del Hotel espera a Zuloaga un Royal Roice, que parece una locomotora por el tamaño y la potencia y que dentro tiene el confort de un gabinete de señora...

—Venga, venga conmigo. Irá usted conmigo a todos lados mientras esté aquí. Veremos los cuadros. Esta noche hay que inaugurar la exposición de Uranga. Tengo, además, que tomar el té con Miss Stewart e ir al yacht de Mr. Hearts. Recibir a los de Miami y decidir si voy o no.

Alrededor nuestro los yanquis se detienen para examinar, con curiosidad incontenible, al pintor español. Muchos se deciden a presentarse solos, interrumpiendo nuestra conversación. Zuloaga desciende la ancha escalera con su clásica boina. Entramos en el Roic Rowles Roice suntuoso.

—¿Vamos a ver primero mis cuadros?

—Vamos.

El automóvil emprende veloz carrera al fantástico Palacio Blanco, residencia de la Sociedad de Bellas Artes de Palm Beach.

¡CÓMO PINTA!

La difícil facilidad de esos pies maravillosos de la Condesa Cassatí, serán la admiración de nosotros los profesionales que vemos en el *monstruo* de Eibar cuanto hay que ver en la pintura de todas las épocas.

Las calidades de sedas, de trajes, y de carne prodigiosa hermanan con esos fondos! que desde luego son más sólidos e inmortales que los de muchos Bancos.

Aprender y admirar: tal es la misión que tenemos los que aun creemos en el sublime arte.

LEOPOLDO ROMAÑACH.

CON LA LUPA

Ignacio Zuloaga, el para muchos supremo pintor de la España de hoy, abrió, ayer, en New York, una exposición de sus cuadros. Dice el cable que nos da tal noticia que: "La crítica artística de esta ciudad ha comenzado a emitir sus juicios acerca de Zuloaga, no por cuanto acerca del mismo se conocía, sino a base del valer artístico que los cuadros del pintor muestran por sí mismos." Esto quiere decir en buen romance que la cultura pictórica y, sobre todo, la crítica, con vistas de las reproducciones más o menos acertadas de grabadores e impresores, no es muy sólida que digamos.

Cuando estas líneas estamos escribiendo algo interior nos sugiere, ¿por qué no ver en la Habana los cuadros del estupendo creador de Gregorio el Botero? New York está muy cerca, la colonia española de Cuba es rica y entusiasta, la sociedad cubana no podría mostrarse indiferente y como debemos agregar que estamos en la estación invernal, época propicia, única en nuestro ambiente para realizar aquellos actos que requieren el concurso colectivo.

No sabemos si hemos escrito una majadería al pensar en alta voz, pero sí creemos que muchos compartirán con nosotros el deseo que hemos esteriorizado.

Ya que hemos sufrido pacientemente las incursiones de tanto ilustre que nos ha venido a civilizar, bueno sería que en alguna ocasión se intentare ofrecernos la labor de alguien que efectivamente nos pueda civilizar.

Por más que ahora recordamos la famosa frase de que: "a Cuba no vienen más que principiantes y acabantes" e Ignacio Zuloaga no está en ninguno de ambos extremos.

De todos modos tienen la palabra los que pueden y deben darnos tan grata emoción.

FRANCISCO RUBIO.



BELMONTE

ZULOAGA

Uno de los más grandes pintores contemporáneos. Español y mundial. El continuador, en el siglo XX, del fénix inmortal que es en el cielo de la gloria Don Diego Velázquez de Silva, a la derecha de quien se sentará ante la Posteridad deslumbrada.

No pinta figuras; crea almas.

CONDE KOSTIA.

NOTAS

Ignacio Zuloaga está en la Habana. Es ya huésped de honor de esta capital, a la que ha llegado, honrándola, para conocer a Cuba, para saludar a sus paisanos, para enseñar a este público todo su arte inmenso, en los cuadros maravillosos que expondrá en el salón de fiestas del "Casino Español" muy en breve.

Zuloaga es un hombre sencillo, correcto, bonachón. Nadie diría al verle pasar que este hombre recio, de compleción física y de gestos normales, es el genio que ha asombrado al mundo entero con sus magníficas producciones pictóricas. Nosotros no podemos hacer juicio crítico de esas obras ni de Zuloaga como tal enorme artista, porque carecemos de los conocimientos necesarios para ello. Otras plumas doctas harán, al contemplar los cuadros, el elogio oportuno y científico del valor artístico de este hombre.

Nosotros apenas si quisiéramos intentar dar a los lectores una idea aproximada de Zuloaga en el trato social, en la vida diaria, en la convivencia de amigos de pocos días. Presentar a Zuloaga tal como él es: sin aparatos, sin genuflexiones, sin boato de ninguna clase a cuyas manifestaciones él huye. Zuloaga el caballero, tiene para nosotros el noble interés del hombre sin afectaciones que da la sensación de pasar por el mundo inadvertidamente, sin concederle importancia a sus obras, sin creerse grande, como lo es en realidad. Este Zuloaga que nosotros hemos contemplado, con quien hemos charlado en la amable visita que ayer nos hiciera en compañía de su inseparable camarada Pablo Uranga, parece ajeno a todo, abstraído en no se sabe qué ensoñaciones, de las que despierta para reír o para elogiar, jamás para escuchar alabanzas.

Y es éste el rasgo noble que observamos de este hombre extraordinario. Cuando se le presenta a alguna persona y ésta, cediendo a la admiración

hacia el artista, desgrana a su vera los elogios más rendidos, creemos que Zuloaga quisiera desaparecer, evaporarse para no escuchar cuanto se le dice, que todo es poco en realidad para exaltar su valer. Así lo hemos contemplado. Mientras se le hacían esos elogios, Zuloaga miraba a los cuadros, miraba a los objetos de arte, hacía como que aquello no iba con él, sin ser por ello descortés. Es que a los grandes hombres nunca se les llega a convencer de que valen mucho. Y ellos se empeñan, sin proponérselo, por inata espontaneidad, en dar a comprender que no es tanto ni es tan grande...

Zuloaga, sin embargo, es inmenso en su arte. Se le califica como el primer pintor contemporáneo del mundo. Triunfa en todas partes. Y lo mismo en España que en Francia, que en Alemania y en Italia, que en toda la Europa precursora de todas las manifestaciones del arte, como en la nueva América, más apegada a la materialidad de la vida y sin embargo empeñada en que el arte sea en ella factor trascendental, sus obras son admiradas, consagradas. ¡Honor inmenso para Cuba que este mago genial haya querido honrar a esta patria con su visita y que le haga la merced inapreciable de dar a conocer sus obras!

A Zuloaga se le preparan festejos. Desde temprano hasta altas horas de la noche Ignacio Zuloaga va acompañado por respetables personalidades cubanas de un sitio para otro admirando la Habana y viendo, pulsando la labor extraordinaria e incomprensible realizada por los españoles en Cuba. Y cuando ayer, en nuestro salón de actos, charlábamos con él, nos hizo sencillamente, casi tímidamente, esta revelación de su admiración por la Habana:

—¡Tiene mucho de española. Casi es Andalucía. Qué lástima que el blanco no predominara! Que todo fuera blanco, para ser más alegre, de más luz, de más fuerza... Y lo decía todo con éxtasis. Como si quisiera que en un momento todas las casas se pintaran de blanco y poder él admirar, momentáneamente, a la Habana en traje de verano. Blanca y resplandeciente. Blanca y luminosa.

¡Bienvenido a Cuba Ignacio Zuloaga, genio máximo de la pintura contemporánea! ¡Bienvenido Pablo Uranga, su entrañable camarada, gloria también de la pintura española, viejo en edad; pero más mozo y más feliz que el primer rapaz aventurero! ¡Bienvenidos a Cuba quienes vienen a saturarnos de arte, a honrarnos con su visita, a dejar en el álbum de Cuba su impresión que se troca en cariño y en amable recuerdo!

(*La Lucha*).

YO CREO ESO

La pintura de Zuloaga desorienta y asombra, dejando, no obstante, al mismo tiempo, una gran impresión de belleza. Yo, que acabo ahora de recorrer España, puedo apreciar el mérito de su arte: sus labradores, sus mujeres, sus feudos, todo eso es España verdad, desentrañada, sorprendida en su momento histórico, en su palpitar del día. Esa sobriedad y ese vigor son los mismos del alma de Castilla; negro, amarillo, azul, sombra dentro de la luz; rasgos duros; mirar que va a lo hondo y que se clava. Cuadro que dice uno cuando está delante de él:

—Me impone, y me agrada.

Para apreciar en todo su esplendor y belleza ese gran cuadro zuloagüero que se llama "España", hay que estudiar con despacio su ambiente y su fondo. No se pueden ver los cuadros de Zuloaga como se ven los jardines de Rusiñol.

FEDERICO VILLOCH.

ZULOAGA

Mago de la pintura, tu paleta
como un astro de luces maravilla,
y entre destellos luminosos brilla
dejando al Sol en languidez completa.

El ansiado laurel, jamás te inquieta
por ser el triunfo en tí, cosa sencilla;
que si lo hermoso ante tu ser se humilla,
te rinde justa pleitesía el poeta.

La gama magistral de tus colores
tiene el misterio de las tiernas flores
que la sublime idealidad reclama.

Tu pincel, no es pincel, es un portento
que encierra en cada rasgo el sentimiento
en que palpita el genio de la Fama.

ESTÉBAN FONCUEVA.

Marzo 24 de 1925.



DUQUESA DE ALBA

COSAS QUE PASAN...

ZULOAGA

Coro general. No hay, que yo sepa, quien dijera algo contra el pintor Zuloaga. ¿Cómo es eso? ¿No es corriente hablar mal de las personas a quienes todo el mundo trata bien? Resulta que desde hace más de un mes estamos anunciando la visita de Zuloaga y hoy llegará Zuloaga a la Habana, y todavía no he oído ni leído que se formulará un voto de censura al pintor vasco. ¿Por qué? Eso no es lo que se acostumbra. Señores, que si no nos apresuramos a murmurar cosas desagradables para Zuloaga van a decir que somos cafres. Los críticos tienen el deber de sacar la cara y demostrar que somos civilizados, que tenemos muchísimo talento, que no nos dejamos impresionar y que es preciso, por decoro, por quedar a la altura que nos corresponde, lanzar algunas cuchufletas a los cuadros de Zuloaga. Sin embargo, no perdamos la esperanza de que algún colega de *La Noche* se incomode y declare que Zuloaga como pintor es el gran bombero y que no valía la pena de armar tanta alharaca por tan poca cosa.

¿Cuántos cuadros tiene Zuloaga? Lo ignoramos. Pero no importa. Siempre habrá pretexto para decir que aun no ha hecho el cuadro definitivo, que estos cuadros son simples ensayos capaces de entusiasmar a otras gentes pero no a nosotros, que hemos visto cuadros muy buenos y que no tenemos afición más que a los cuadros disolventes. Es indispensable que alguien se disponga a dejar bien puesto el pabellón y que en cuanto llegue Zuloaga, en el muelle, le diga que está equivocado y que aquí los críticos pictóricos son fenómenos en eso de machacar una fama adquirida entre críticos que no saben una palabra de pintura.

Porque ha de saber el señor Zuloaga, si es que no se lo han dicho en todo el mundo, que los críticos de arte habanero no son críticos a la francesa ni a la inglesa ni a la turca, sino que son críticos polifácicos y saben de todo y arremeten contra todo, hasta se comprometen a hacer todo mejor que todos los que hagan de todo... Así somos aquí. Que no ande derecho el señor Zuloaga y se permita la audacia de desconocer la autoridad de nuestros insumergibles y peripatéticos críticos de arte pictórico y verá cómo le hacemos cisco y echamos por tierra su celebridad y cuanto él suponga incombustible. En cambio, si el señor Zuloaga logra que nuestros críticos no le impugnen sus obras y le concedan libertad para exponer sus cuadros y quizás hasta para pintar alguno en Cuba, entonces estará salvado y podrá vivir en paz...

Pero no es de esperar que esto último suceda. ¿Por qué hemos de aceptar que el señor Zuloaga viva tranquilo? ¿Por qué? ¿No han sido pulverizadas otras reputaciones? ¿No han caído otros ídolos? Dice Tito Rue-

nes que en Cuba no hay "champion", porque cada "champion" que sale encuentra uno que le gane... Y yo, que estoy indignado porque nadie habla mal de Zuloaga, confío en la voz polifónica de ciertos críticos desconcertantes que no permanecerán silenciosos ante el coro general que aclama a Zuloaga. ¿Qué se quieren apostar?... Y así es como debe ser, porque ya que no creamos, debemos destruir lo que crean otros...

JESÚS J. LÓPEZ.

De ninguna manera permitiré que Zuloaga me pinte ilustraciones al pastel o al óleo para los *Cuentos Perversos* si no es honrado su pincel con la aprobación de los críticos geniales que tenemos para estos casos...

J. J. L.

LA VISITA A ZULOAGA

Nuestra patria va a tener el honor de recibir al más ilustre de los pintores de la época presente. A muchos les extrañará que empecemos con estas palabras nuestro artículo de hoy; pero si se piensa que estaríamos en este instante echando las campanas a vuelo si se tratara de la visita de un rey o de un político ilustre de otra nación se nos disculpará el que lo hagamos nosotros por ese otro rey de nuestra raza que va a vivir en nuestro suelo unos días y que nos proporcionará la satisfacción de estrechar la mano de uno de los grandes entre los grandes de la tierra.

Ha declarado el ilustre artista que va a llegar a Cuba sin ostentación, sin lujo, como un modesto ciudadano que quiere proporcionarse el placer de admirar un país del cual ha oído referir maravillas; y ésta es precisamente una de las características de esa verdadera grandeza de que hablamos. España tiene la gloria de poseer una cadena de genios de la pintura, que, desde hace varios siglos se suceden, casi sin interrupción. Ninguna nación del mundo ha sido más rica en magos de la paleta ni ha tenido la gloria de ser la patria de un Velázquez. Y Zuloaga es uno de los brillantes eslabones de esa cadena y el pintor que con Sorolla comparte la representación de un siglo entero del arte pictórico español.

Se comprende ahora por qué nos sentimos invadidos por tan honda emoción, al acercarse a nosotros ese hombre sencillo, que no quiere que se le tributen homenajes, que desea vivir en un hotel de tercer orden y que se ríe

de que lo traten como a un soberano? Los amantes del arte, en los Estados Unidos, que no llevan en sus venas la sangre de Zuloaga, han vibrado también de entusiasmo al contar varios días como huésped al egregio artista vasco. Y nosotros sostenemos que una parte de su inmensa gloria se quedará aquí, porque ha elegido voluntariamente a Cuba para pasar unos días de reposo, y se citará a nuestro país, en tierras lejanas, al hablar de la visita del pintor ilustre, que tiene amigos y admiradores en todo el mundo civilizado.

Bien hace la municipalidad de la Habana en declarar hijo adoptivo de la ciudad al que estará en ella dentro de muy pocos días. Aquí, donde se le rinden honores y se le otorgan distinciones a cualquier medianía, nacional o extranjera, no es mucho que le otorgue ese título a un príncipe del arte, cuya fama está enteramente consagrada por la crítica universal. De la altura de Zuloaga pocas notabilidades han pasado por nuestro territorio, en los tiempos pasados y en los presentes, y por eso su llegada constituye un verdadero acontecimiento, al que debemos darle toda la importancia que en realidad tiene. Pero Zuloaga es algo más que una de las figuras de más alto relieve que han desfilado por nuestro pequeño escenario tropical. Zuloaga es una gloria artística de este siglo, y es español, es decir, pertenece al grupo humano, tan calumniado, de que formamos parte y nos corresponde de algo del inmenso prestigio con que ha enaltecido a su raza y a su patria. Cuando se diga que nada hemos producido en el mundo y que nuestro grupo étnico, ya completamente agotado, ninguna contribución aporta al desenvolvimiento de la cultura contemporánea, podemos señalar hacia los hombres como Zuloaga, que llevan nuestra sangre en sus venas, para dar un mentís a los que nos calumnien y para reclamar un puesto para todos los pueblos de origen español entre las naciones que encabezan el movimiento actual de la civilización.

Eso es Zuloaga para nosotros y esa es la razón de que vistamos nuestras mejores galas para recibarlo. Con los brazos abiertos y el corazón ardiendo en sincero júbilo debe Cuba esperar al artista, obligándole a recibir esos honores que modestamente declina. No debe ser sólo el municipio de la Habana el que le rinda el tributo de admiración y de cariño que merece. Es la República entera la que debe ponerse en pie para recibarlo. Y *La Lucha* se agrega gustosa a los que inicien el magno homenaje, porque entiende que, al honrar a Zuloaga, nos honramos a nosotros mismos y que, al sentir de cerca el calor de su gloria, levantamos un monumento al genio de nuestra raza, que, lejos de haber muerto, como pretenden los necios, está más pujante y lozano cada día y es aún capaz de llenar el mundo con sus obras de arte, como en otro tiempo lo llenó con las proezas de su espada.

Zuloaga es digno de todo eso, y nosotros debemos de hacernos dignos de él.



MARQUESA DE CASATTI

IMPRESIONES

¿Qué decir de los cuadros de Zuloaga, el más grande pintor de los tiempos modernos, heredero del Greco, de Velázquez, de Goya?

Ante una obra de Zuloaga lo mejor es callar.

El verbo es impotente para expresar la emoción que produce en el alma de los que la tienen el arte de este vasco portentoso.

Allá que las plumas doctas de los Aznar, de los Solís, de los Mañach y de los Miguel se encarguen de explicarnos la técnica, tendencias y lugar en que la crítica coloca al artista formidable. Nosotros nos limitamos a recomendar a los lectores que no dejen de visitar la exposición.

Ver y callar. Eso es todo. Y más aún lo segundo; pues en estos templos improvisados del Arte no se sabe qué está en mayoría; si la belleza que se contempla o las tonterías que se oyen.

JOSÉ I. RIVERO.

LA VISITA DE ZULOAGA

Ignacio Zuloaga viene a Cuba.

Estas crónicas, casi permanentemente obsedidas de inquietudes y solicitudes estéticas para nuestro vivir insular, no habían querido recoger el gratísimo rumor antes de que cuajase en probabilidad, por temor al íntimo ridículo de los lirismos defraudados. Pero ahora ya el rumor es noticia y la noticia casi aviso; ya puede el ánimo dar rienda libre a su exaltación. Ignacio Zuloaga viene a Cuba a principios de marzo, y acaso exponga sus obras aquí.

Es de esperar que no se desvirtúe ni amengüe el significado de esta visita. Sobre todo, que no se le dé carácter de visita regional, o de visita española, o de visita de la Raza. Todo eso está bien para mover los primeros entusiasmos, para aguzar el regocijo y el orgullo de los compatriotas del gran vasco en Cuba. Pero, por España y Vasconia mismas, por el mismo Zuloaga, y por Cuba, en fin, conviene subrayar la *universalidad* de importancia que deberá tener este hospedaje entre nosotros de uno de los más eximios pintores europeos.

Parece ocioso decir que Zuloaga es, desde hace mucho tiempo, un valor que ha trascendido todas las fronteras. No aludo niniamente con esto, claro está, a la mera "extra-territorialidad" que han tenido sus éxitos desde el comienzo mismo de su carrera artística. Muchos otros grandes pintores cuenta España que recibieron su sanción primitiva y su más glorioso espaldarazo ante los públicos extranjeros; pero no todos lograron con ello levantarse a un plano de excelencia universal. El arte también tiene sus cos-

mopolitismos, y precisa no confundir esa simple difusión del esfuerzo y de la conquista con aquella condición de extenso y perenne señorío que sólo alcanzan ciertos espíritus supremos. Dijérase que éstos son más bien productos del Tiempo que del Espacio. La grandeza paradójica de Zuloaga está en que, con ser un pintor de inspiraciones tan castizas, ha sabido pasmar y adoctrinar a toda una época. Lucien Simon, el gran pintor naturalista francés, hablándome un día en París de la pintura de España, hubo de mentarme todos los nombres más conspícuos salvo el de Zuloaga; y como yo le advirtiera, extrañado, su omisión, me respondió:

—Zuloaga ya no es español. Es del mundo.

En el fondo de esta actitud enajenadora está ese concepto de la “ciudadanía universal” que no tiene nada de sofisma. Yo no sé de ninguna piedra de toque más apta para discernir la genuina universalidad en las glorias latinas que la apreciación que de ellas hace el mundo sajón. Inglaterra y los Estados Unidos ejercen, para su propio gobierno, una suerte de arbitraje crítico ante el cual es muy difícil merecer un dictámen de suprema valoración, de valoración como figura mundial. No discuto las razones que puedan abonar o condenar esa prerrogativa del mundo sajón; antes me inclino a sospechar que la domina un marcado desdén hacia los valores que dan en llamar “mediterráneos”. Pero este mismo prejuicio es una garantía de que, cuando un obrero de la alta cultura logra conquistar el laudo favorable y unánime de la gente nórdica, su excelencia universal es inequívoca.

Pues bien, yo me aventuro a asegurar que Zuloaga es hoy acaso el único pintor latino a quien el mundo anglo-americano acata con insuperable admiración. En él se ha reconocido ese doble atributo de “clasicismo más originalidad” que, según la fórmula profunda de un famoso crítico, constituye la esencia del verdadero grande artista.

No es, pues, una figura “española” la que viene a nosotros. El gran público cubano no tendría excusa si se abstuviera de participar en el regocijo y orgullo de esta visita por estimarla como una fiesta particular de los españoles de Cuba. Pues que, si viniera D'Annunzio, si viniese Rudyard Kipling, si Gorki o Maestrovich viniesen, ¿pensaríamos por ventura que darían motivo de festejo tan sólo a sus colonias patrióticas, como si de algún barco-escuela se tratase?

Ya se ha constituido un “Comité receptor de Zuloaga”, al cual se complace en pertenecer este comentarista. Ya el Municipio de la Habana ha acordado honores oficiales para el huésped insigne. Pero es preciso movilizar efectivamente el interés de toda la sociedad cubana. Es menester que esta visita no se resuelva en discursos y ceremonias, sino que de ella nos quede un recuerdo vital y permanente.

Zuloaga no viene a Cuba a vender cuadros. Para medrar no tendría necesidad de venir a nuestra tierra. Precisamente uno de los antecedentes que hacen tan simpática la visita del espléndido vasco es el manifiesto des-

interés con que la han ungido las palabras y promesas suyas, que el cable nos viene transmitiendo. Zuloaga quiere conocer a Cuba; escalar esta estribación del espíritu hispánico; contemplar los crepúsculos habaneros, de que tanto le han hablado. Es menester, sin embargo, que algo de la gloria de Zulaoga permanezca en Cuba, para inspiración, para adoctrinamiento, para orgullo de nuestro país. En una palabra: convendría que, por suscripción pública, diligentemente organizada y estimulada en todos los sectores de nuestro pueblo, se acopiasse el dinero suficiente para la adquisición de un lienzo de Zuloaga con destino a nuestro incipiente Museo Nacional.

No sé si habré sido o no el primero en lanzar esta idea de tan natural ocurrencia. Pero lo esencial es que la idea triunfe, para loor de todos.

JORGE MAÑACH.

EL CARDENAL, DE ZULOAGA

Cardenal español. Recio. Cetrino.
Mollera escasa. Autoritario empaque.
Más que de cardenal, tiene de jaque.
Nada en su frente acusa lo divino.

Como la piel, reseca la conciencia.
Gesto de inquisidor. Entre los dedos,
descabalgados penden los quevedos
con que a rezar se ayuda Su Eminencia.

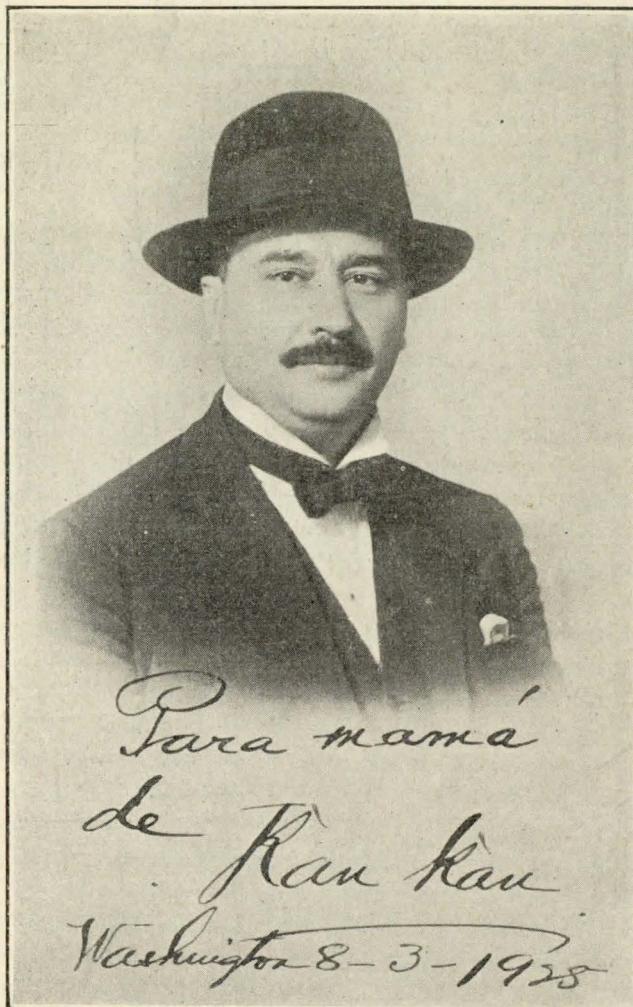
Un fámulo galán, de rostro hermoso,
frena con la actitud sumisa y grave,
de la envidia el acervo doloroso.

Es, acaso, el sobrino. Acaso el hijo.
Ganímedes tal vez... ¡Nadie lo sabe!
(Ausente de la escena, el crucifijo.)

PEDRO LUIS DE GÁLVEZ.

Después de haber visitado los más afamados museos del mundo, he contemplado con verdadera sorpresa las obras pictóricas del insigne Zuloaga, creador y no copiador, cuyo genio es tan brillante que se inmortalizará como ha pasado a la posteridad el magnífico Murillo.

VICENTE PARDO SUÁREZ.



Para mamá
de Pan Pan
Washington 8-3-1928

TOMÁS SERVANDO GUTIÉRREZ

NOTAS Y COMENTARIOS

TOMÁS SERVANDO GUTIÉRREZ.

Si quisiéramos demostrar que la tendencia nómada no se ha extinguido en los hombres de nuestra sangre, nos bastaría con señalar al periodista y querido compañero en nuestra casa, Tomás Servando Gutiérrez, para que todos cuantos le conocen o han oído hablar de él, asegurarán que, lo más inestable que se pudiera presentar en el género homo, es ese compañero. Yo no sé qué es lo que le falta por ver del Planeta, pero si algo le falta, es sin duda, algo imposible, que seguramente ocupa ahora su cerebro, para realizarlo cuando menos lo esperen sus amigos.

Y lo raro de este hombre relámpago, es que tiene amigos verdaderos, que aunque pocos, compensan con su gran cariño fraternal, el número que por otro lado ni quiere ni querrá aumentar. La causa de que sea tan poco grato a mucha gente está, en una cualidad tan suya que sin ella, sería una vulgaridad entre los hombres de talento y esa cualidad que resulta defecto para la masa neutra, es que no sabe decir mentiras, que jamás ha mentido y que dice la verdad cueste lo que cueste y pésele a quien le pese. Un hombre de esa clase resulta un bicho raro a quien hay que considerar loco, para evitar que se crean sus verdades y que todos tengan más terror a su presencia por falto de razón, que por perfectamente razonable y honrado.

Cuando no son sus amigos o los que le conocen a fondo, los que hablan de él, hay que alquilar balcones para oír lindezas, que cuando a él se las cuentan le hacen muchísima gracia y siempre tiene una verdad gorda que contar del moralista. Para la humanidad, todos los hombres que dicen la verdad sin temores de ninguna clase son maldicentes, cuando no son locos o envidiosos, adjetivos únicos que Tomás Servando en su afán de adjetivar hasta a los adjetivos y los gramáticos, que son absolutamente sinónimos, no se ha podido aplicar, ni aún en sus ratos de incomodidad, que son fugados y muy contados.

Ayer hablábamos en la Redacción Alberto Román y yo, creyendo que Tomás estaría por el Canadá, cuando nos pareció que del piso alto y precipitándose, por la peligrosísima escalera, obra maquiavélica de Luis Bay, descendía un bólido. No habíamos tenido tiempo de pensar y ya Servando Gutiérrez se encontraba junto a nosotros. Román tal vez pensó en el Dr. Torralbas, en la observación treintenaria y quizás en la inmundicia y atraso de Mazorra, mientras yo resolvía huír del abrazo fraternal y estrangulador que me esperaba; pero era tarde, ya Tomás nos detenia apoderándose de nuestros brazos y gritándonos: Me alegro encontrarles, les buscaba, porque tengo algo que comunicarles.

Román no creía a sus ojos y yo le insté a hablar.

Me cuesta ciento y pico de pesos la edición del "Catálogo de obras de

Zuloaga" que he mandado hacer y que venderé a ustedes inclusive, al precio de 50 centavos el ejemplar. Y Tomás Servando nos zuluagaba quitándose y poniéndose una y otra vez sus lentes de cristales amarillos.

Ibamos a replicar pero él nos lo impidió añadiendo: No, no es negocio lo que voy a hacer, adivino vuestros pensamientos... El producto íntegro de la venta se distribuirá de por mitad, entre el asilo "La Misericordia" que ustedes tanto aman y los heridos de Marruecos, cuyo recuerdo pone aún frío en mis carnes.

Tu misión en la Tierra, dijo Román, es hacer bien y no mentir jamás. Por eso, añadió rápido Tomás Servando, no hay chupa-callos que no me considere loco... Después nos hizo una relación de lo que podía obtenerse para ese fin caritativo si nosotros le ayudábamos en su empresa.

En ese hecho tienen nuestros lectores retratado al gran enemigo de los sinvergüenzas, al fanático adorador de la virtud y el que, según Zarautza, entrará sin tropiezos en el Cielo, por no haber dicho jamás una mentira.

Román y yo seremos los primeros en comprar cada uno, un ejemplar del Catálogo Zuloaga y animamos a todos cuantos acudan a la exposición del Casino Español a hacer otro tanto, que ese dinero aliviará muchas penas.

JUSTO S. MATIZ.

ZULOAGA EN NORTEAMERICA

Hay en el arte europeo, dice un crítico en el *New York Herald*, una tradición española, pero la forman contribuciones de individualidades tremendamente definidas. Velázquez tiene el aislamiento de un pico montañoso. El Greco se mantiene igualmente solitario, alejado de las habituales mesnadas. Goya, a su vez, es personalísimo, y había también algo de irreduciblemente individual en el brillante español de cuyos métodos sonríe pasajeramente la moda, pero que en el más alto sentido de la palabra sabía pintar: Mariano Fortuny. El susodicho crítico que tales conceptos formula al empezar su estudio de la labor de Zuloaga, quien expone cincuenta cuadros en la famosa Galería neoyorquina Reinhardt, añade luego: "En Zuloaga se repite el mismo fenómeno. Tiene escasos puntos de contacto con sus predecesores..."

Pero al llegar a este punto, Royal Cortissoz, que tal es el nombre del crítico, equilibra su juicio, por lo que a Zuloaga se refiere, con unos dichos de sagacidad felina: Produce siempre el pintor de Eibar un efecto orientado hacia el Salón de París. Su holgado cañamazo, su figura dramática, su color osado, la fortaleza de su artesanía, resaltarán en la pared.

Acaso pueda expresarse un juicio más abierto sobre Zuloaga diciendo

de una vez que su soledad es más deliberada que fatal y su racionalismo casi exclusivamente arqueológico. Y confesaré desde luego que siendo, a mi juicio, la trágica soledad de las eminencias una tradición inequívocamente española, respeto en eso, como en todo, la tradición, y me abruma en eso, como en todo, el tradicionalismo. Y que, acostumbrado a la categoría de exponentes nacionales que asumen, con una conciencia parecida a la de Mr. Jourdain, los genios artísticos, me deleita el racialismo que "a posteriori" les descubrimos, casi tanto como me induce al desvío una preocupación nacionalista que en pintura, además, casi nunca pasa de regionalista.

Zuloaga es, ciertamente, un poderoso; su aliento tiene algo de titánico; su habilidad se disimula en una impresionante reciedumbre vasca. Pero la austeridad de España, de una parte de España, es por él ineludiblemente teatralizada; en los grises y los ocres se adivina una "pose" ante el extranjero; en los ojos de las mujeres molesta un poco la voluptuosidad "a l'espagnole", macerada en la meditación de la muerte; los hombres tienen un resabio libresco del tiempo de Mio Cid, o por lo menos de los cabecillas carlistas. Todo eso es muy siglo XIX. Zuloaga gustó por vez primera en Barcelona, donde, en 1896, fué comprada una tela suya para el Museo Municipal. En aquel tiempo los catalanistas eran amigos a la vez de Pereda y de Maurice Barrés; supervivencias de un romanticismo ñoño, disfrazadas de naturalismo, convivían con un curioso movimiento llamado modernismo, lleno de petulantes fracasos, pero también de estimulantes curiosidades, de inquietudes europeístas. Se leía a Nietzsche, se propagaba a Wagner, se predicaba el impresionismo francés, se barcelonizaba a los mismos eslavos. Barcelona creyó acaso ver en el arte de Zuloaga, como más tarde en el de Unamuno, una elementalización de España, útil para fines polémicos. Arte de fronterizo, consagrado en una ciudad eminentemente fronteriza. España con vistas al Salón de París.

Exportador robusto como Blasco Ibáñez, Zuloaga ha pintado ya quinientas telas. Su éxito ha sido formidable. Es uno de los grandes voceros de España. Artificialmente hundido en los siglos, hábil cultor de una grandeza pintoresca y sombría, ha vendido en Nueva York cuatro telas por cien mil dólares y visto desfilar por la galería Reinhardt mil quinientas personas diarias. En su arte no figuran esos elementos tan característicos de la psicología como del paisaje español: la gracia nativa, la limpidez aguda, sobre un fondo elemental y preciso. En Velázquez, los grises sonríen, el rosa sabe a madrigal. Goya es siquiera socarrón. El Greco es un vidente. Fortuny un mago. Zuloaga es "the most Spanish Painter in the World". Sería injusto decir que el famoso hijo de Eibar ha industrializado cierta leyenda de España; pero lo cierto es que hoy los que le encuentran más típicamente español son los norteamericanos.

JOSÉ CARNER.



ULTIMO RETRATO DE ZULOAGA

IGNACIO ZULOAGA

Por CHRISTIAN BRINTON.

"YO SOY ESPAÑOL, Y LO SERÉ TODA MI VIDA"

Destacándose contra las sierras sombrías y el horizonte de España, siempre siniestra en sus pasiones y fanática en su religión, surge la figura indomable de Ignacio Zuloaga. Recio, en su individualismo y nacionalismo, él ha llegado al límite de la autonomía estética. Con los pies firmemente plantados sobre el suelo feraz de su península natal, Zuloaga permanece inmune a la intranquila ola cosmopolita que bate a su alrededor, encarnación valiente y alta de un orden antiguo, como no podía menos que ser tratándose de un hijo legítimo de la vieja España. En París, sobre el cerrillo detrás de la iglesia del Sacre Cœur, pasó los primeros años de escaseces y aspiraciones incidentales al aprendizaje, que poco tenía que ofrecer al truculento montañés. El primer florecimiento de su talento ocurrió bajo la magia luminescente del cielo andaluz, entre la sensualidad lánguida de personas y escenas sevillanas. Moviendo a través de sus lienzos enérgicos y grandes, se ve la pompa pintoresca de España — paisajes fantásticos y remotos como ficciones soñadas, las fachadas severas de monasterios y castillos medioeiales empapadas en somnolencia y "desuetude", y la silueta rígida de un pueblo sobre colina empinada con aureola celeste. Pero esto no es todo. Este mundo, de suyo tan opulentamente pintoresco, está habitado por toreros y enanos, picadores llenos de cicatrices, brujas cínicas y gitanas furtivas. Tal es el arte que se admira en estos lienzos. Es un arte que palpita con atavismos latentes, arte penetrado por el espíritu de un absolutismo imperativo, arte francamente basado sobre la herencia imperecedera de Velázquez, El Greco, Valdés Leal y Goya. Con sólo mirar las obras de Ignacio Zuloaga, uno se halla cara a cara con la austera pero ardiente integridad del alma española. La seducción insaciable de Lola de Toledo, los ojos ávidos de la Casati, la espada ensangrentada de Belmonte, dicen su propia historia. Hay algo aquí que, en originalidad apasionada, transciende las trivialidades de *l'art pour l'art*, según la frase francesa; algo que recuerda al verdugo diabólico de "Los Desastres de la Guerra". El humor es el que el de los augustos predecesores del pintor, excepto que en vez de los martirios de la Cruz tenemos la tragedia de la corrida de toros y la calle del amor. Al principio tachado de antipatriótico por su exceso de franqueza al hacer resaltar ciertos aspectos del carácter nacional, el artista es ahora aclamado por toda la península ibérica. Años de esfuerzos valientes han obtenido justo reconocimiento y recompensa. La Casa

Zuloaga, en Zumaya, en su amada tierra vasca, se ha convertido en una meca para los extranjeros lo mismo que para sus compatriotas, para quienes el dueño es "nuestro Ignacio" o "el amigo Ignacio." El primer torero del día, el obrero más humilde de su Eibar natal, el pastor más pobre de un caserío en los Pirineos, cifran orgullo en Ignacio Zuloaga, — en su fraternalismo sencillo y franco que parece cosa de otros tiempos. Como hombre, él perpetúa el espíritu de sus recios antepasados; como artista, sobresale como el último que ha alcanzado un lugar permanente en la gran época del arte de su patria.

NI BUENO NI REGULAR, SINO EL MEJOR

Carezco de capacidad suficiente para juzgar a un profesional del Arte Pictórico. Aún podía dejar sentado mi parecer, si se tratase de un pintor bueno, simplemente bueno; pero por ser la personalidad de que se trata o sobre la cual debo decir lo que pienso y siento, el mejor, a mi juicio, de los mejores que existe en ambos Continentes, juzgo casi imposible expresar, a satisfacción de los lectores, todo lo que ha sido, es y seguirá siendo en el mundo de la civilización y el progreso.

Quienes observen la limpidez de sus cuadros; los que vean la corrección de las líneas y la precisión de las imágenes, en los cuadros maestros por Ignacio Zuloaga confeccionados, tienen que convenir, conmigo, en esta afirmación sincera y sentida.

Ni es bueno, porque los buenos no llegan a tanto; ni es, mucho menos, regular, porque los regulares se quedan bien lejos; es el mejor, en el seno de los mejores pintores. Es una bandera, un escudo o un estandarte que aún hace brillar y resplandecer el arte y la gloria, porque es artista y constituye, no una gloria vascongada, sino mundial.

Una cosa siento hondamente, al hablar de Zuloaga: que no ha nacido en Cuba bella, para poder sentirme orgulloso de contar un compatriota de su talla, talento e ingenio.



Julian del Rey Lanés

La Habana, marzo 22 de 1925.

A TOMÁS SERVANDO GUTIÉRREZ

Querido amigo Tomás:
me pides que escriba un juicio
sobre Zuloaga y me has
hecho, así, un flaco servicio.
Nadie, Tomás, como tú,
sabe que, en artes, estoy
a la altura de un zulú;
y sabiendo lo que soy,
no es fácil que Zuloaga
le preste atención mayor
al juicio que un "zulú haga"
de su artística labor.

De todos modos, consignaré mi opinión, en prosa, para mayor claridad:
Zuloaga era para nosotros una cosa del otro mundo, pero hoy podemos asegurar que es el primer pintor de ambos mundos.

GUSTAVO ROBREÑO.

EL BIEN QUE NOS HACE

Después de ver sus cuadros y de admirarlos mucho, yo pienso que este *maitre* de la pintura española contemporánea ha venido a Cuba para hacernos el máximo bien de enseñarnos cómo se pinta con vigor, con sentimiento, con alma!

Zuloaga es la vibración de la raza. Es la España que creo y afirmo que es grande por su arte único y formidable!

GERARDO MACHADO,

Presidente de la República.

¡A 29 IGUALES!

Con Zuloaga no hay quien pueda. Pone a todos los pintores a 129 iguales! y de un saque se lleva el tanto 30.

RAMÓN MONTOTO,

El Uranga de "La Noche".

CÓMO VEMOS LAS COSAS

ZULOAGA.

El gran embajador del arte español que nos visita, con el muestrario deslumbrador de algunas de sus más valiosas producciones, ha recibido a estas horas, en la Habana, clamorosos y sinceros homenajes de admiración a su obra gloriosa.

Todo lo más escogido de nuestra capital, ha desfilado en devota peregrinación, ante los lienzos maravillosos, expuestos en el regio salón del Casino Español, que tan honrosa y noble hospitalidad sabe rendir siempre, a toda manifestación de arte, belleza y de cultura, aureolada hoy por el legítimo orgullo de rendirse a uno de los más preclaros ingenios de la España contemporánea.

Los iniciados en el arte supremo de Velázquez y Goya, de Murillo y del Greco, han sentido, ante los portentosos arrestos del colorido y de la línea, el éxtasis místico de un fanatismo arrobador y fascinante. Los legos, no han podido sustraerse, frente al atrevimiento del genio arrancando a la realidad palpitante sus más escondidos misterios, esa emoción indiscernible que produce invariablemente en el espíritu humano la contemplación de lo sublime, que commueve y perturba por lo mismo que se sale de los límites de nuestra comprensión. Y Zuloaga, dando vida sobre el tosco lienzo a las soberbias desnudeces de esas mujeres cuyas carnes de rosas y de nácar, parece que palpitán, plenas de cálidos aientos, que llevan incendios en los ojos y promesas en los labios, o plasmando de modo insuperable el gesto del torero bravío, ebrio de sangre y de gloria, o alumbrando en los ojos de la narcómana los extravismos de un alma sin brújula y de una voluntad en la agonía de un naufragio inevitable, es tan grande como Franklin arrancando sus fulgores terroríficos a la roja nube, como Edison o como Marconi, almacenando el sonido para expanderlo a su sabor, o trasladándolo a través de las distancias incommensurables sobre la onda vertiginosa y sutil.

Pero Zuloaga es algo más: es el filósofo que sabe encarnar todo el pensamiento sublime de una religión, en la faz severa, dulce y meditabunda del Cardenal; toda la soberbia y el orgullo de una raza, en el continente de un rancio aristócrata, toda el alma de una civilización y de una historia, bajo los muros grises y los tejados oscuros de las viejas ciudades castellanas.

Qué de maravillas no inquietarán el espíritu del gran artista, almacenadas a estas horas bajo el lente poderoso de su retina, la riqueza de luz de nuestro cielo, la policromía incomparable de nuestros paisajes, la majestad opulenta y cálida de nuestras mujeres que llevan en los ojos todo el brillo y el calor de nuestro sol, y en sus andares las ondulaciones rítmicas y voluptuosas de la Palmera Real...

(*El Sol*).

UN NOTABLE TRABAJO DEL ESCRITOR Y CRÍTICO
JUSTO S. MATIZ
SOBRE LAS OBRAS DEL INSIGNE ARTISTA VASCO

La noche del lunes ha sido para Cuba una de las más notables y brillantes que ha tenido el Arte, con motivo de la apertura de la Exposición de los cuadros de Ignacio Zuloaga, la figura más alta que en esa rama artística cuenta hoy la Humanidad. El Casino Español cedió sus salones, honrándose con esa determinación y la casa de España se vió visitada por cuanto vale y brilla en nuestra sociedad. Altas autoridades de la República acompañaron al Ministro de España, al acto de la apertura, correspondiendo a la invitación atenta del Ministro y del Presidente del Casino, al Cuerpo Diplomático y Consular acreditado y sin distinción cuanto elemento ama lo bello en su más alta expresión.

Pero antes de continuar en estas Notas, permítasenos hacer justicia cumplimentando a nuestro colega *La Noche*, por su iniciativa, que será fecunda e inolvidable, para todos los cubanos. Nuestro colega quiso que en esta tierra de la poesía en la Naturaleza, conociera al más famoso pintor de la época y haciendo un gran esfuerzo, venciendo contratiempos, envió su representante, Servando Gutiérrez, quien cumpliendo como siempre, hizo realidad lo que parecía un sueño del colega.

El salón del Casino resultaba pequeño para el numeroso público que lleno de curiosidad, iba a contemplar las obras del genio. Y desde la entrada, al abarcar de una sola mirada aquel conjunto de obras todas superiores, el afán de ver anulaba el de hablar. Pero el señor Aznar iba a hablar y era necesario escucharle. Con ese su tono entre lacrimoso y sacerdotal, nos dijo cosas muy bellas, que todos ya han leído y a las que él nos tiene acostumbrados, desde que habló por primera vez en la Habana. Su himno a España muy sentido era absolutamente necesario en aquel momento y debió también recordar que el doctor Casares acababa de dejarnos y que Casares, desconocido en su patria, al tenerse conocimiento de sus obras y trabajos en Francia, Alemania y sobre todo en los Estados Unidos, que lo proclamaron químico eminente, se elevó entre los sabios; a Julio Rey Pastor, declarado hoy en esos Estados Unidos como el más genial matemático del siglo y que vegetaba en Madrid, hasta que llegó a la Argentina donde es profesor de la Universidad y por último no olvidar que también ese genio de la pintura que hoy nos honra, surgió gigantesco fuera del terruño que le vió nacer.

Si es cierto que España hace siglos que viene dando la materia prima al mundo, para que el mundo la trabaje y goce de ella, dejándole solo la gloria de haberles visto nacer, aunque ellos cuanto más grandes y elevados se vean, se sientan más españoles, teniendo gestos tan hermosos como el de

La Cierva, el rey de la aviación sin motor, el que ha descubierto lo que Francia y el mundo entero buscó año tras año, con ardor, al rechazar todas las ofertas, porque su invento es para su Patria.

Pero el señor Aznar con su interesante disertación me ha hecho alejar de Zuloaga y eso no debemos perdonárselo. El también se siente sugestionado por la figura sensacional de Belmonte recibiendo la ovación después de la última suerte y que tinta en sangre la espada, y manchadas las medias de seda, quiere salirse del marco, para aplaudirle en unión del señor Ministro. Y es que ese cuadro es un mundo de vida y humanidad: allí está también el artista del Valor palpitando aun de emoción, contraída la cara por el terrible momento que acaba de pasar, sin atinar a sonreír como sonrían los mortales, sino más bien como el hombre que se ha dado cuenta de que ha empezado nuevamente a vivir. Aznar terminó y fué saludado.

Dos desnudos quedaron en la exposición después de mucho pensar y bataclanear y ambos fueron desde el primer momento el punto de discusión entre todos los asistentes. Son dos tipos de mujeres opuestos: una llena de vida, morena y recia de carnes mientras la otra mejor hecha pero de carnes más atormentadas en la lucha de la vida, apenas tiene cara rodeando dos ojos marchitos como un anochecer nublado. Los pechos de Juno de la trigueña mortifican a Tomás Servando porque él quisiera estar solo contemplando aquello que parece una realidad, mientras la juventud que empieza a aletear se extasía ante la otra, la de líneas de curvas suaves y perfectas, la maestra en el arte de querer...

(*El Imparcial*).

¿MI OPINION SOBRE ZULOAGA?

Me pregunta el querido Tomás Servando algo que no entra en la órbita de mi Alcaldía habanera. Mi opinión sobre el prócer de la pintura moderna es algo que solo puede expresarse calladamente, como emotividad sin palabras, ante los cuadros de Zuloaga. Mi pueblo habanero, que pocas veces se equivoca, ¡qué bien ha expresado su opinión soberana! Miles de personas van todas las noches al Casino Español para ver los cuadros del ilustre hijo de la Habana.

Y yo, a nombre de mi amado pueblo, le doy al gran vasco y mejor español un efusivo abrazo de gratitud por honrarnos con su visita aclamada.

JOSÉ MARÍA DE LA CUESTA,
Alcalde de la Habana.

¡CÓMO GANA DINERO!

Un hombre así, como don Ignacio, que tiene fábrica de billetes en los pinceles geniales me convendría para *La Noche* a ver si no tenía que ponérme tan serio cuando quisieran pedirme dinero!

JOSEITO HERNÁNDEZ BAUZÁ,

Administrador de "La Noche".

CRÓNICA

ZULOAGA.—EL CULTO AL HÉROE.

Dura necesidad ésta de descubrir ahora, en la Habana, en el año de 1925—de gracia para nosotros por Zuloaga y Corredoyra y Uranga—la pintura de don Ignacio. Paralela a su labor ha discurrido la crítica mundial, elevando el tono del elogio a medida que escalaba el artista la más alta eminencia de la fama. Su exposición aquí tal vez brinde a los más la primera oportunidad de conocer su arte, pero en ningún oído sonó su nombre para un descubrimiento y al referirse a Zuloaga en todas las memorias se perdió una figura vista en reproducciones o los conceptos de una crítica.

Frente a sus cuadros nadie se va a colocar para juzgarlos. Unos por miedo a no recordar las fórmulas aprendidas del elogio, otros por no descubrir la sequedad de un espíritu arisco a la sensibilidad no catalogada por la vida cotidiana, los más por el temor de ofrecer discrepancias que habían de estimarse fatuas, desacordadas y bajas.

Yo ahora estoy viendo “otros” cuadros de Zuloaga. Y los miro sin el deseo de juzgarlos, como no me tienta la gana de declamar ante la obra, ya vuelta de todos los juicios, de un Velázquez o un Greco o un Goya. Frente a Zuloaga es difícil sentir de un modo original, por mucho que se quieran establecer diferencias emocionales entre los hombres. El lenguaje que las cosas tienen “exclusivamente” reservadas para mí ya en alguna ocasión, sin duda alguna, lo modularon sus lienzos. Carlyle pide la sumisión general ante los héroes, estimando que se es héroe cuando se vuela sobre todos los salientes de la multitud. A Zuloaga lo llamaría Nietzsche “un alma señorial íntegra”. Si un alma así tuviera para otro hombre unas palabras únicas, el que las entendiese sólo estaría a su diestra y no debajo, junto a otras almas subordinadas.

Así, cuando fuí a ver “los otros” cuadros de Zuloaga que ahora me brinda la oportunidad me interesó primeramente buscar a los que hubieran de entender conmigo los parlamentos del genio. Los ojos y oídos se me fue-

ron del lado del espectador, dejando para otra hora menos concurrida y bulliciosa los diálogos callados.

Lo que noté primero fué que el espectador, gesticulaba más que la pintura. Nunca como ahora se me hizo ingenioso y oportuno el dicho de don Alejandro Pidal, ya transcrita muchas veces: "Oye uno más tonterías que un cuadro de museo." Desde la mamá que arrastra a una joven de frente a un desnudo, mientras le dice: "Niña, no mires eso"; y la sutileza del que nota "lo bien que empuña el sable el Duque de Alba"; hasta esta feliz e ingenua pregunta, sorprendente en labios de un hombre que no tengo ni por técnico ni por buen catador: "¿Cuándo dibuja Zuloaga? ¿Antes o después de pintar?"

Los contornos bien precisados en todas las figuras de Zuloaga son en mi concepto una de las maneras más peculiares y desconcertantes de su obra. Uno no alcanza cuándo fueron trazados; tal es su independencia en el sentido general de la obra. Desde los filetes que hablan de la preocupación de Leonardo, gran dibujante anterior a la faena de echar dentro color, como quiero observar en el cuadro titulado: "Mi prima Esperanza", lo más Zuloaga de esta serie; al dibujo con el mango del pincel después de extendido el color, como en el fondo maravilloso del retrato en gris de Belmonte. La pregunta apuntada del profano no sé hasta qué punto no pudiera suscribirla un crítico de mucha autoridad.

Las niñas "bien", como de costumbre, han dado un paso "mal" yendo con preferencia a colocarse frente al atractivo aristocrático de la Duquesa de Alba. Mientras los hombres "mal" han hecho "bien" pasando de largo frente a un cardenal que les probaba, con un lujo aturdidor de psicología y detalles, cuán sorprendentes son los destinos de Dios. Aquel pastor de almas tiene en su carne magra y curtida la calidad de un risco arrancado a los cerros lejanos y envuelto, porque a Dios le plugo, en la púrpura ilustre. Con ser tan preciso todo en el gran lienzo: cosas y figuras del primer término, teatralidad del fondo, la cara de este pastor de almas hoy—aquí, junto al breviario abierto por un pasaje erudito, cerca de la lívida faz del familiar—ayer vistiendo pelliza, con el morral al hombro en la majada—la cara, al fin, sujetando la mirada que anduvo largo rato inquieta por todos los palmos del gran lienzo, ganada por mil detalles. La cara logra hacerse atrayente, y es, en la sala todo inquietud, perfume, desconcierto, divisada entre las mil cabezas de espectadores que no logran hallar el punto de partida para subir hasta la razón de por qué es famoso el artista. Aquella cara del Cardenal, otro día hecha dolor en el hombre que cabalga sobre el ruín "Héroe de la fiesta", tiene el secreto de toda la varonía del genio de Zuloaga. Es el pastor elegido misteriosamente por Dios para guiar los pasos de los hombres hacia la luz y la verdad.

Esto no es decir nada. ¿Qué otra cosa decir sacada de un acto preparado para las referencias de la crónica social? En el salón pusieron dos le-

treros: "Entrada", "Salida". Al entrar y al salir, con el acierto de todas las buenas inconsciencias, las dos obras maravillosas de Zuloaga de igual título: "La casa de los canónigos de Segovia". Frente a ellos el desgano de la curiosidad; dos claros en la multitud, apretujada frente a los duques y los toreros. Nos dieron ganas de atravesar el espacio vacío y pedir albergue a la paz interior para el disfrute de unas meditaciones, para abrir desde dentro una de las ventanas de la casa y desde ella, acodado, contemplar el panorama por aquí agitado, por allí plácido, más allá enigmático, o bien gracioso o bien duro, de la obra inefable de Zuloaga; el desfile emocionante de tantas cosas rotundas de España.

Ello será cuando doblemos el smoking y la vana curiosidad abandone la calle. Una siesta para soñarla, asomado a un balcón, frente al silencio transparente de la tarde.

RAFAEL SUÁREZ SOLÍS.

LO QUE DICE URANGA DE ZULOAGA

¿Cuál es la cualidad más sobresaliente de Zuloaga? Una voluntad muy grande porque es muy constante en el trabajo y consigue siempre lo que se propone haciendo caso omiso de las reglas que hasta ahora han venido predominando en el arte.

¿Cómo ve el color Zuloaga? Zuloaga ve el color y luego lo interpreta a su modo, porque es *refractario a todo lo que sea fotográfico*. *Zuloaga para pintar un cuadro no lo pinta como generalmente se hace*. *Copia la naturaleza por medio de notas—apuntes con sus numeraciones correspondientes*, como si fuera un matemático del color, de la línea, del matiz, de la entonación y de las calidades sorprendentes. Sobre la cuestión de perspectiva en los grandes clásicos maestros, también se dice que incurrieron en falta de esa índole, *pero se conoce que eran muy sabios y por lo tanto la sobreentendían* porque muchas veces esa perspectiva estaba subordinada a la idea general del asunto o de la obra realizada.

¿Por qué dicen que Zuloaga no pinta las manos? Porque los extremos en la figura humana tienen cierta dificultad y por lo tanto los grandes artistas esquivan muchas veces el tener que hacer las manos que son difficilísimas. ¿Por qué pinta Zuloaga estupendamente las calidades de carne en los desnudos de mujer? Porque ha logrado el dominio absoluto del color y de los efectos de luz con la maestría de su pincel genial y de su talento y buen gusto pictórico!...

DON PABLO URANGA,

Amigo de los colores serios.



LA SEMANA

ZULOAGA.

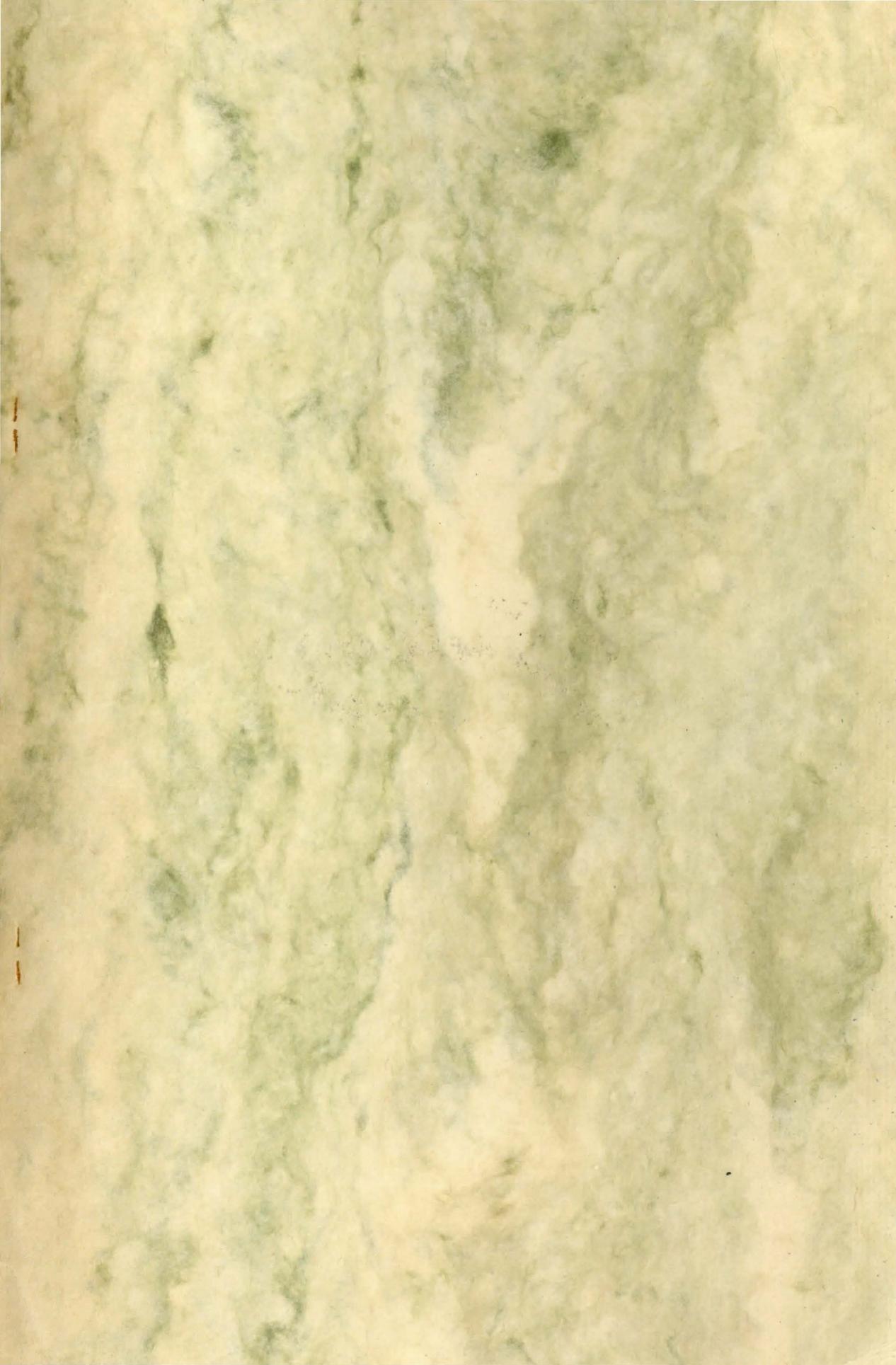
Ignacio Zuloaga, Condestable del Pincel y Señor del Iris, ha llegado a nuestra blanca ciudad, cubierta la testa calva con la boina oscura, riente el ojo brujo y desafiante el pecho de roble. La presencia de Ignacio Zuloaga en nuestra ciudad tiene la importancia de la presencia de los príncipes. Todo profano se preocupa ahora de lo que es una tela y se vuelven los ojos a las exposiciones abiertas. Una noble curiosidad se adueña de las masas por conocer la personalidad del vasco máximo, y de conclusión en conclusión llegan a un cuadro. Gracias a él, pues, ya la Habana dejará de bailar, dejará de gritar, dejará de politquear y de reir—por un momento, al menos—para pensar lo que es un rayo de luz preso en una tela, y lo que vale un pintor.

Además, Zuloaga paseando por el mundo del brazo de don Pablo Uranga, es una viva lección también. Una lección de algo que vamos aliviando por estas latitudes: el culto sagrado a la amistad.

¡Ambas lecciones las aprenderá la Habana, Condestable!

(*El Heraldo*).

J. Zuloaga



IMP. RAMBLA, BOUZA Y CA., PI Y MARGALL 23—HABANA.

